

PREGÓN DE JESÚS DEL PERDÓN 2018

Jesús Villegas Cano

Jefe de Estudios y Profesor de lengua y literatura
en el IES Azuer de Manzanares



De nuevo sintió sed y allí no había más agua que la de los charcos de la reciente lluvia. Así que bebió. Después, tenía que caminar con el peso del barro en las botas, hundiendo a cada zancada los pies hasta las pantorrillas. Cada paso se le hacía de plomo húmedo y por la fatiga, le faltaba el aire. A pesar del frío, y de llevar el uniforme empapado, agradecía que fuera invierno y por lo menos el aire entrara fresco en sus pulmones y le diera en el rostro manteniéndolo alerta y animándolo a seguir. Tras el aguacero, las nubes se movían con rapidez por el cielo y eran más los momentos en los que la luna espléndida iluminaba el campo. La hierba, brillaba con fulgor argentino, casi mágico. Le pareció bello. Le quitaba el miedo. Tenía que seguir de memoria las indicaciones que le había dado un compañero, un soldado vecino del pueblo al que pretendía llegar. Llevaba más de cuatro horas andando pero estaba acostumbrado a orientarse en el campo por la posición del sol o de la luna, por la dirección del aire, por la cercanía de los ruidos y rumores: un pequeño torrente, el viento entre las matas o el sonido de animales. Si oye dos o tres jabalíes moverse con rapidez, evalúa la dirección que llevan sin dificultad y, por la hora que debe ser, sabe que bajan a algún arroyo o charca a beber agua. Así que el torrente o el venero de agua queda a la derecha entre las matas de romero o de jara que, por el efecto del agua y de la limpieza del aire exhalan un aroma intenso y balsámico. Seguir subiendo, seguir subiendo, sin parar, hasta que la loma acabe y entonces se contemplará la bajada desde arriba, iluminada y accesible, como una promesa. Abandonar el frente no era una acción peligrosa, temeraria, suicida, sino dos: salir del propio y entrar en el otro, el requerido. Uno no puede salir del campamento, mucho menos de la trinchera, y echar a andar con las manos en alto y quedar en paz con los compañeros a los que se abandona, peor aún con los mandos a los que se abandona. Lo primero es un tiro a lo que se mueve y después si acaso, preguntas. Y entrar en el otro lado... aquí estoy porque he venido. No. Nadie es bienvenido en medio de la noche aunque sea con los brazos en alto o un pañuelo blanco o cantando el Cara al Sol. Un desertor siempre es sospechoso. Y eso es lo que eran ellos dos. Luego toda la vida dirán "cruzados" pero en rigor, al que abandona la tropa y coge las de Villadiego, no le cuadra otro nombre más propio que el de desertor y de no sentir el topetazo brutal y la quemazón por la espalda, lo más normal es experimental el foganazo letal que viene de enfrente, que sospecha de ese movimiento que se acerca y que no tiene por qué saber tus nobles intenciones. Eres un bulto que se mueve y está donde no debería estar, que bulle o camina desde el origen de toda amenaza, del frente enemigo, un emboscado, algún audaz en alguna acción desesperada, algún indocumentado al que un mando cruel manda a jugarse la vida.

Pero más valía escoger una noche con luna, saber por donde se anda uno y que el terreno, a pesar de ser desconocido no sea del todo azaroso. Después de haber abandonado el pajar donde dormían caminaron kilómetros hacia el

este por detrás de la propia trinchera hasta el punto adecuado para cambiar de rumbo e ir hacia el sur sorteando matas, alguna encina, pendientes del sonido del arroyo junto al que debían transcurrir y una vez arriba del leve otero, descender por la suave ladera agazapados en dirección hacia el tajo negro punteado de algún tímido candil y de la brasa de los cigarros encendidos de los que hacían imaginaria. La otra trinchera, la línea que debían cruzar.

No por esperado deja de sorprender menos el sonido de un disparo. Aterrorador. Si sabes que se dirige hacia ti, te hiela la sangre. Cuerpo a tierra, cubrirse como se puede, al abrigo de algún peñasco, detrás de algún arbusto, alguna zanja, algún breve caballete de tierra. Y al poco, correr, correr sin resuello, con las manos arriba. “Alto, ¿quien va? Alto o disparo” “me rindo, me rindo” “Un cruzao, un cruzao”. Por más trazado que se tenga un plan de fuga, de deserción, de lo que sea, en medio de una guerra casi siempre al final llega el momento de “Que sea lo que Dios quiera” y de jugarse la vida a una carta y de arrostrar sin tapujos la propia muerte.

Estimados Sres. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Muy Ilustre, Fervorosa y Antigua Hermandad y Cofradía de Nazarenos de nuestro Padre Jesús del Perdón y María Santísima de la Esperanza de la Ciudad de Manzanares; hermanos todos, Estimado Sres. Párrocos y Sacerdotes de las parroquias de Manzanares, Estimado Sr. Alcalde y resto de la corporación, Señoras y Señores: muy buenas tardes. Querida Rosario, mil gracias por tus palabras. Gracias. Nunca hasta el momento de escribir este pregón había pensado tanto en este episodio de la vida de mi abuelo. De hecho, en mi casa se comentaba desde siempre que mi abuelo “se había cruzado” de un bando a otro en la Guerra Civil (en realidad los dos lo hicieron, cada uno a un bando y por razones diferentes) y aunque siempre he sido propenso a la ensoñación literaria, la fascinación nunca llegó a tanto que fuese a considerar a mi abuelo protagonista de una vida azarosa, un hombre de acción. Quizá porque era esa anécdota un referir que yo había enmarcado no sé por qué en el ámbito de lo cotidiano. En realidad sé poco de mi abuelo y si tuviera que destacar tres rasgos de su carácter que a mí me hayan quedado como referencia serían que era un hombre del campo, un jornalero en su juventud, un hombre bueno y que era muy religioso. Sé que es habitual en este tipo de intervenciones si acaso no exponer la intimidad de uno de manera explícita, sí hacer un friso de su memoria sentimental ligada a su infancia, o a su pueblo, Manzanares o a su patrón, Jesús del Perdón. Me invitaron a pregonar estas fiestas y este Patrón y quien lo hizo sabía que no era yo una persona asidua a la Ermita ni a la novena ni a la Hermandad. He tenido que buscar, lo admito, en mi vida la ligazón emocional a Jesús del Perdón para poder, a su vez, pregonarla. Pero raro sería que, siendo yo de Manzanares de toda la vida, no hubiera donde escarbar y extraer valiosas señas de una espiritualidad que anuda la devoción,

la fe, la memoria, la historia, la literatura tal vez... He encontrado un magma sentimental en la labor de redactar este pregón que me ha llevado a algunas reflexiones que quisiera compartir con Vds. esta tarde.

Tengo en la memoria la imagen, ya un tanto desdibujada, de mi abuelo en la mesa camilla de su cocina sacando de una caja de zapatos no sé cuantas estampas y recordatorios de muertos y disponiéndolos cuidadosamente en fila delante de él, improvisando un pequeño altar casero. Amortiguaba la luz entornando las contraventanas y encendía una vela pequeña, de las recubiertas por un plástico rojo. A veces me echaba de la habitación y otras veces me dejaba permanecer si no molestaba y se encerraba en un grave recogimiento durante un espacio de tiempo que a mí, niño, se me hacía eterno. Llegaban de otras lejanas habitaciones, de la calle, los cotidianos ruidos y se mezclaban con el pardo recitar de letanías u oraciones apenas pronunciadas. Recuerdo que mi abuelo tenía los labios gruesos, más adelantado el inferior y la susurrada voz se me antojaba, o se me antoja, imbuida de una sensación inquietante de misterio o incluso terror. Por más que rezar en mi casa nunca ha sido tenido por extravagancia, antes bien, era lo habitual, sí que en mi niñez resultaba, si no insólito, por repetido, sí remarcable dada la pequeña parafernalia, el íntimo ritual casi eucarístico: la vela, la penumbra, el altar de santos y recordatorios improvisado y las jaculatorias incomprensibles, monocordes, eternas y misteriosas. Más que oscura, podríamos decir que era una parte íntima de la vida de mi abuelo en la que nunca nadie entró. Ahora para mí y mis hermanos es un recuerdo lejano, unas pocas imágenes inseguras en la memoria, del que en pocas ocasiones hemos hablado. Se ha dicho en alguna ocasión y con eso me he quedado, que tan singular ritual seguro que tenía que ver con el hecho de que mi abuelo viviera en primera persona la guerra.

Mi abuelo jamás hablaba de la guerra. Las tres o cuatro anécdotas que sabemos son apenas retazos de unos acontecimientos en su vida que han permanecido ocultos y ya no se recuperarán. Tan sólo a lo que me he referido más arriba, la permanencia en un campo de prisioneros, beber de los charcos del suelo, dormir en pajares o al abrigo de una mata, trabajar en la retaguardia como jornalero en una finca de Córdoba y poco más. Pero también el frente, disparos y saber lo que es caer los compañeros muertos a tu lado y llevarlos luego a un piadoso e improvisado entierro. Disparar, seguro. Acaso matar. ¿Cómo no, después, una vida de metódica plegaria, en busca de una misericordia quizá innecesaria?

Quiero dejar claro que mis palabras no son espejo de lo seguro. Tan sólo de lo posible. Pero a veces lo posible es tan verdadero o más que lo ocurrido. Quién no ha sentido alguna vez el terror tan sólo de lo que podría haber pasado. Y si no era éste mi abuelo, será el abuelo de otro, y si no, el de otro. Qué más da.

Tantos y tantos vecinos de Manzanares, de España, que llevaban a sus espaldas una carga íntima y cotidiana. Un devenir intrahistórico.

Pero de lo que aquí insinúo, ¿qué sabe nadie? ¿Qué sabemos de la vida de las personas en realidad?. Años después, mi abuelo Juan era asiduo todos los viernes a besar el pie a Jesús en nuestra Ermita. No había día que saliera a la calle que no pasara y se quedara mirando al menos un par de minutos la imagen de Jesús. Igual que mi abuela de la otra parte, Antonia, de la que no sabía su devoción hasta hace poco. Y en las dos procesiones en las que sale Jesús, allí estaban, descalzos o no sin decir nunca por qué y sin preguntárselo nadie.

Durante una época de mi vida fui beligerante con estas muestras de religiosidad popular porque me enseñaron que no había que hacer promesas ni tratos con el buen Dios. Pero quizá porque ya la vida, la acumulación de algunas experiencias, la llegada de los hijos va haciendo poso en mí, ahora comprendo lo que antes no. Pasan las procesiones y muchos tenemos el mal vicio de mirar a los pies y no hacia arriba y acaso tendría que decirme al ver desfilar pies descalzos más jóvenes o más viejos: qué sabe nadie, qué sé yo de esta vida o de la otra; o de la de esa mujer o este hombre y de su discurrir en las profundas aguas de la intrahistoria. Si llora o ríe, si sufre por una muerte o por una vida; si tiene o no que pedir perdón o implorar misericordia, si ha perdonado, si ha ofendido o incluso si vive porque otro ya no lo hace, si ha codiciado lo ajeno, si ha traicionado; si quiere perdonar, si agradece o si reprocha, si tiene hijos, o si los quiso tener o si los hijos le duelen... Qué sabe nadie. Qué se yo por qué sufre, por qué ha prometido lo que ha prometido o qué anhela o cuál es esa necesidad que le atenaza el alma. No va estar la respuesta arriba, en el oleaje telúrico y vistoso de las crónicas. Sino abajo o, mejor, adentro, en lo oculto de una vida ajena al juicio de la Historia.

Estos acontecimientos sumergidos, esta intrahistoria, como nos enseña Unamuno, este magma de vida latente en lo profundo, palpitante en lo oscuro es individual y es comunitaria. Pienso en un pueblo como Manzanares, cuyos vecinos han llevado la carga de la vida a la que hago referencia, a veces onerosa, a veces ligera; también lo hacen como pueblo, con una vivencia en comunión de las pequeñas y grandes cosas.

Bien, pues en esta intervención ante Vds. buscaba algo, algún protagonista quizá que me ayudara a entender yo mismo, para después pregonarla, la devoción a Jesús del Perdón. La he encontrado en la historia personal de mi abuelo y es por eso que me he decidido a contar su historia y no por exhibicionismo sentimental. Y como él, tantos vecinos de Manzanares sobre cuyas espaldas se haya llevado el peso de la historia sin saber que lo que se llevaba era, precisamente, el peso de la historia. Porque para ellos no contaba lo que hoy reza en letras de molde en los

libros y manuales o en los anaqueles de los historiadores y coleccionistas; para ellos lo que contaba era la vida misma, con toda su densidad, su profundidad, su verdad y su eternidad. Y en esas vidas particulares, con sus innúmeros sufrimientos y dichas, hemos visto la presencia de Jesús como compañía siquiera o como soporte o como inspiración o como indulgente presencia ante el asombro de lo que en nuestra vida nos sobrepasa.

De las pocas veces que en mi vida he reflexionado sobre el significado de nuestro Patrón que, paradójicamente, y quizá como purga de mi falta, hoy pregonó; uno de los aspectos que me han parecido relevantes desde siempre es que sea “del perdón”. El perdón, la piedad, la misericordia. Qué sabe nadie de cuánto perdón estamos necesitados la vidas calladas que procesionamos al amparo de Jesús, que los viernes nos quedamos mirando los ojos caídos, los párpados pesados de la imagen de Jesús. Y cuanto perdón en las vidas ocultas y calladas de la gente buena, que a la postre perdona porque el perdón es una condición de la supervivencia. Y qué oculto el más difícil de todos, que es el perdón que ha de darse uno a sí mismo.

Entretenidos como estamos en los grandes y pequeños sucesos exteriores, en el devenir histórico, en tanto ruido que a nuestro alrededor parece que condiciona nuestras vidas, nadie repara ni se estremece del oscuro cataclismo interior de la culpa. Y la culpa de la historia no es más importante que el lastre de la culpa que atenaza y subyuga tantas vidas que no alcanzan ni a perdonarse ellas mismas. ¿Qué sabemos nosotros del que reza en lo escondido? ¿del que apenas roza el pie de Jesús con los labios y ni alza la mirada? ¿Del que le cuesta Dios y ayuda mirar al esposo o a la esposa o al hijo o a la madre o al hermano? ¿Qué sabemos de lo que pasó en SU historia, en la de su familia? ¿en la callada corriente subterránea que recorre nuestro pueblo, nuestros pueblos, hecha de mil reproches y perdones, de mil frustraciones, en su pequeñez, perturbadoras y cósmicas? Y como oscura es la culpa, escondido es el perdón, pero valioso como un diamante encendido, luminoso como la alegría del niño que se siente perdonado.

Lo que intento explicar es que lo que hace tradicional y eterno a Jesús es su presencia en la intrahistoria. De pequeños, en los colegios de Manzanares (antes al menos era así) se nos enseñaba el acontecimiento histórico y fabuloso del perdón de las tropas francesas al mando de Sebastiani al pueblo de Manzanares, conmovido el francés por su fe procesionando la imagen de Jesús del Perdón. Era el marco altisonante de otra guerra, igualmente contada en molde en los manuales. Es cierto que el acontecimiento inscrito con relumbrón en el pasado nos impresiona. Pero no es eso lo que lo hace tradición y lo que hace de Jesús, patrón. Tradición viene de *tradere* que significa “transmitir”, “entregar” y lo que

se nos ha entregado, al menos a mí, para que a su vez lo entreguemos a nuestros hijos, es la experiencia cotidiana de Jesús en la profundidad, en la intimidad de la vida de tantos. En las vidas de las que nada sabemos y cuyos abismos apenas columbramos y sobre las que ningún derecho ni fuero nos asiste.

Desde mi punto de vista, lo verdaderamente importante de Jesús, de la tradición de su patronazgo, de la fe sincera que genera y abriga, no es ni la belleza de la imagen, ni de la procesión, ni el brillo de la Hermandad sino la historia íntima que cobija; la intrahistoria de un pueblo. Porque definitivamente es más grande lo chico que lo grande; lo invisible que lo visible, lo profundo que lo superficial, lo individual que lo histórico y las tradiciones están hechas de lo profundo y de lo pequeño y que Jesús está lleno de “vidas” de las que sólo él, más allá de su efigie de madera, tiene noticia y para las que es consuelo. Bajo los párpados densos y la recia complexión norteña de esta imagen se ha fraguado una historia. Pero “bajo ella” y no a la vista de todos.

De pronto un día uno cae en la cuenta de cómo hemos cambiado. Desde hace treinta, cuarenta, cincuenta años el aspecto de Manzanares no parece ser el mismo. Miramos sobre el lomo de los años hasta perder de vista los primeros... ya no está mi abuelo y las pequeñas cosas que con él compartí me parecen una ensoñación casi literaria: verlo frente al enorme aparato de radio escuchando las noticias casi con unción (la voz llegaba turbia y polvorienta, a trompicones, dando tumbos a merced del viento); robarle un traguillo de vino con gaseosa a escondidas de mi madre en un vidrio grueso cuyo tacto recuerdo hoy en los labios como un beso, quitarle la boina, peinarle mi hermana detrás de él de pié en el canapé... y las estampas y la vela misteriosa y los pardas jaculatorias incomprensibles y los viernes de besapié... A veces, con encendida imaginación, piensa uno que sólo Jesús y por ser Jesús sabía el secreto del que nunca hablaba... quién sabe si habría secreto siquiera. Qué más da: en la liturgia repetida había un grueso sentido que se nos escapa y que irremediamente pasaba por este patrón que hoy pregonamos. Liturgias íntimas, ritos, promesas, sacrificios, ofrendas, procesiones, velas... y las vidas de la gente de las que nadie sabremos y así debe ser. Cómo hemos cambiado, sí. Pero no son esos cambios lo que importan. Pasarás los coches sobre los carros y llevará el río más o menos agua y caerán unas casas y se levantarán otras al tiempo que las gobernanzas van y vienen. Y las generaciones que sustituimos a otras y las que nos sustituirán hablarán sobre ello y pondrán en cambiar las cosas todos sus afares: en cambiar la fisonomía de un pueblo: allá un parque, acullá un edificio, una fábrica donde hubo una bodega... ¡qué más da!, eso no importa. Eso no es más que el penacho iridiscente y fútil de las olas al pasar. Lo que importa es lo pequeño y lo profundo... así lo dice, de nuevo, Unamuno: “Todo lo que cuentan los periódicos, la historia toda del « presente momento histórico » no

es sino la superficie del mar, una superficie que se hiela y cristaliza en los libros y registros, y, una vez cristalizada así, una capa dura no mayor, con respecto a la vida intrahistórica, que esta pobre corteza en que vivimos con relación al inmenso foco ardiente que lleva dentro. Los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de los millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que, como las madreporas suboceánicas, echa las bases sobre las que se alzan los islotes de la Historia. Esa vida silenciosa y continua como el fondo mismo del mar, es la substancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna”.

Y es esa tradición eterna y esa historia íntima lo que nos hace pueblo. No son las ordenanzas ni los decretos lo que nos hermana ni los programas, ni las actividades, ni lo que los libros de historia dicten ni lo que acuerden las leyes ni lo que alimenten los actos institucionales, los jolgorios o las revoluciones lo que fragua el carácter propio (si esa cosa existe) de un pueblo (hoy dirían los cursis, una comunidad). Son las historias de los abuelos y la labor diaria y compartida; los afanes, los trabajos, la conversación en la mesa, las cálidas palabras de acogida, el consejo íntimo, el recuerdo compartido o el paseo silencioso.

Lo que hace volver todos los 14 de septiembre a muchos convecinos a sus casas cerradas y sus alcobas cristalizadas en el tiempo no es ni la procesión ni la fiesta: es la mirada íntima de su Jesús y la crepitante, tierna, memoria del hogar a cuyo regreso es un mandato ético. Una necesidad de integración personal.

Nadie puede negar y es recurrente ya en los discursos, en los ensayos, en los artículos recordarlo, que vivimos en una sociedad inundada de imágenes y de palabras. Las palabras, que nos llegan desde múltiples canales con el pretexto de informarnos, de entretenernos se nos echan encima a cada momento sin dejar siquiera un hueco, por humilde que sea, para el silencio. Desde que uno se levanta hasta que uno se acuesta es habitual estar escuchando o leyendo palabras y palabras y más palabras que nos acercan mundos y nos tientan con poseerlos: “le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos y le dijo: « todo esto te daré si postrado...» y lo adoramos: a la información, a las noticias, a los mensajes, a estar conectados, entretenidos, informados, “hablados”, embotados, anestesiados por las palabras. Qué paradójico en un profesor de lengua renegar de las palabras. Pero no olvidemos que el lenguaje sólo lo es si irrumpe en medio del silencio y si no, es ruido. Volvemos porque queremos regresar a la palabra íntima, a la conversación serena, a la memoria de las conversaciones que nos iluminaron la realidad sin prometernos mundos: de los padres, del abuelo, de los amigos, del profesor... Volvemos a hablar de lo que hablamos en nuestra infancia y en nuestra adolescencia, contando las anécdotas

del hogar, las palabras que en nuestra memoria no se han evaporado. A ellas regresamos, en ellas nos acurrucamos y en ellas descansamos. Observen y comprueben cómo algunas palabras no es que sean ya una patria, en el sentido más apropiado de la palabra, que tiene que ver con los antepasados; es que son, en la época en la que la gente no vive en sus pueblos, son el pueblo, el hogar. ¿Por qué disfrutamos tanto recreando las palabras que decía nuestra madre o nuestra abuela o nuestra maestra o nuestros amigos más que los lenguajes aprendidos ahora que vivimos “por esos mundos”? Vivimos en un exilio de palabras ajenas y añoramos las palabras con las que crecimos. Y por eso volvemos. Los discursos nos alejan, nos expanden como dicen que se expande el universo irremediamente, de manera continua y divergente, hacia un afuera ignoto y dónde hace frío. Pero las primeras palabras nos reintegran y nos dan calor y consuelo y nos devuelven a casa.

Las imágenes...las imágenes que no son las cosas. La imagen de Jesús, que no es Jesús, sino su imagen. Pero cómo manejarnos con las imágenes cuando la imagen es el reflejo o la promesa de lo que es pero aún más seductora que la palabra. Porque la imagen es seducción. Cuando el diablo le mostró a Jesús “todos los reinos del mundo y la gloria de ellos” no se los “contó”, se los “mostró” pero no le mostró los reinos, sino una imagen de ellos y quiso hacerle creer que podría poseerlos. Y le inoculó el veneno de la visión. Etimológicamente “inocular” viene de *in*, dentro y *oculum*, ojo: meter el ojo dentro. Aunque tradicionalmente se relaciona con el mal de ojo y pueda referirse a quien te mira también puede relacionarse con lo que se mira. Por que la imagen que te entra por el ojo puede funcionar como un veneno, porque lo que has visto, una vez visto, ya no puedes no haberlo visto y queda dentro. Pero también como una droga. Vivimos en las imágenes y de las imágenes: seductoras, fascinantes en la televisión, en internet, cada vez queremos más porque las creemos reflejo de un mundo que queremos poseer o incluso de lo que nunca quisiéramos poseer o que nos poseyera: verlo todo, estar en todas partes. “todo esto te daré” parecen decirnos. Y nosotros sucumbimos asombrados e infantilizados por la azul fosforescencia de esa promesa vana. Las imágenes que nos llevan a otras imágenes, a otras visiones, a otros deseos de ubicuidad o de conocimiento. Nos dispersan, nos alejan.

Y sin embargo, hay otras imágenes que nos acercan, que nos traen a casa. En *Ciudadano Kane*, la celebrada película de Orson Welles, Charles Foster Kane, el magnate de la prensa que tan lejos había llegado, en el momento de su muerte regresó a una imagen: la imagen de juguete de una casa nevada con el polvo blanco simulando la nevada ingrávido a su alrededor. Y murió en casa. Hay imágenes que nos devuelven a la intimidad y a la protección y el amparo de la niñez, hay imágenes que no nos llevan fuera sino dentro, que no señalan divergentemente a la nada sino que tienen un significado intenso y verdadero.

Para cualquiera que sea de aquí, la imagen de Jesús (en mi casa Jesús del Perdón siempre ha sido familiarmente Jesús: *voy a Jesús, besarle el pie a Jesús, hoy bajan a Jesús, a qué hora encerraron a Jesús...*) le hace regresar a su casa, a su hogar a una intimidad reconfortante, cálida. Estamos en casa, aquí nada malo nos puede pasar, aquí sentimos el consuelo y el amparo de los afilados cuchillos de la vida a la intemperie. Por eso nos emociona la imagen de Jesús. Y nos abriga.

Tuve mi época en la que, pedantemente, critiqué el culto a la imaginería religiosa. Son sarampiones que debe pasar uno cuando es joven. ¿Qué sabía yo? ¡Qué bien lo comprendían mis abuelos, mi tía Rosa, mis vecinos... y cómo yo lo ignoraba todo! Algunas imágenes no son nada pero otras lo son todo. Son el misterio de la propia intimidad. Es, quizá, esta imagen de Jesús, como un brasero en una tarde de invierno, como el colchón de lana de los abuelos, como el papel de periódico en el fondo de los cajones, como el chocolate de la “La campana de El Gorriaga” en una alacena, como el olor de la comida humeante de las madres, como el sabor de las uvas que nos echamos a la boca en una mañana de vendimia, como el tacto del viento fresco que nos roza la cara en septiembre y sentimos la necesidad de ponernos ya una jersey. Y estas son también metáforas del perdón. El perdón y volver a casa, es lo mismo: “Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó”. Y porque volvió a casa, fue perdonado.

La intrahistoria, la historia interior, la permanencia, la palabra fundacional, la imagen prístina. Tal es para mí Jesús del Perdón y sus fiestas que hoy pregonó. Significa para mí, y creo que para muchos, el sentir religioso hondo y verdadero, la fe profunda en un Dios de misericordia y perdón. Pero todo esto viene, además, vehiculado para muchos, muchos manzanareños por ese sentimiento de regreso, de intimidad, de cobijo, de infancia perdida y recobrada, por ese sentimiento de pertenencia a algo, por ese ejercicio de memoria que es tan necesario, tan imprescindible para el hombre de hoy.

Si es verdad que estamos perdidos, he aquí las señas que nos pueden orientar para el regreso a casa. Os invito a disfrutar de la casa en estas fiestas. Muchas gracias a todos. ¡Viva Jesús del Perdón!